



# De MIGUEL DE UNAMUNO

## PROGRESISMO E HISTORIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, junio de 1920.

II

EN su ensayo sobre la natalidad ("The birth-rate"), que es de 1917, y ensayo profundamente malthusiano, escribía el deán Inge que "los horrores del presente conflicto (la guerra que entonces llegaba al colmo) serán como nada comparados con una lucha entre dos socialismos de estado altamente organizados, cada uno de los cuales sabe que, o tiene que colonizar el territorio del otro o morir de hambre".

No estamos lejos de participar de la misma opinión. Y más al ver que todas las Internacionales, primera, segunda, tercera y... enésima, y todos los internacionalismos, no borran de los pueblos, sobre todo de los agrícolas, el odio de razas, la xenofobia. Y al ver que la lucha de clases amenaza convertirse en lucha de profesiones, la ciudad contra el campo y el campo contra la ciudad, mercaderes y fabricantes en lucha, en lucha transportadores y transportados.

¿Pero es esto una visión pesimista de la historia? ¡No!

En el número del semanario inglés "The Nation", correspondiente al sábado 19 de este mes de junio y en un artículo titulado "La cuestión de Lenin", se termina con esta profecía apocalíptica: "Las ciudades pueden membar; escardarse millones de hombres; descuidarse la industria y la ciencia, y sobrevivir Europa como un crudo y reaccionario continente agrario de junkers y de aldeanos clericales, curado a la vez de la ambición, de la Ilustración ("learning") y de la civilización". Acaso debimos traducir lo de «learning» por cultura, pero desde lo de la "kultur", le tenemos tanto miedo a ese concepto...

Sí, son muchos los que temen por el porvenir de la civilización, tomado este concepto histórico en su mayor rigor etimológico, como cosa civil, de "cives", ciudadano, de ciudad. Y temen que se caiga en un nuevo paganismo, o mejor aldeanismo. En un aldeanismo medioeval. Por nuestra parte, sentimos una admiración y un cariño tan grandes a aquella Edad Media, edad capullar—es decir, de capullo—edad de hondas transformaciones íntimas de la conciencia, que nada tememos—por nuestros descendientes, ¡se entiende!—de que se entre en una así. ¿Que parece una civilización? ¡Y qué, si se crea otra! Además, ¿qué es eso de la civilización?

La civilización es lo mismo que el progreso. Y una y otro no son más que la historia. Historia que hace unas civilizaciones con las ruinas de otras.

En el mismo número del mismo semanario "The Nation" viene otro artículo que se titula: "Veto de la Naturaleza a la guerra", y que se abre con estas palabras: "Cualquiera que hubiese leído las referencias a la naturaleza de la guerra futura en "The Nation" de hace tres semanas, debería haberse hecho a sí mismo esta pregunta: ¿vivimos en un universo racional o en un manicomio?"

¿Pero es que hay cosa más racional que un manicomio? O mejor: ¿hay alguien más racionalista que un loco? ¿No les da a los locos por raciocinar? ¿No es la locura una enfermedad del raciocinio? Más bien del raciocinio que del pensamiento.

Son los que han dado en raciocinar sobre el progreso y sobre la civilización—o mejor, somos los que hemos dado en ello—los que ven—o vemos—en peligro a uno y a otra. Aunque el que escribe esto, no! Está curado de progresismo. Y se ha puesto por encima de la distinción entre pesimismo y optimismo. Y es que toma el mundo como espectador de un tragedia y hasta actor de ella. Pero espectador y actor apasionado.

El pobre Leopardi, que en su estúpido canto a la retama—"La ginestra"—se burlaba de las «magníficas suertes progresivas» de los hombres, al final de su «Cántico del gallo silvestre»—cántico en prosa—escribía: «Tiempo vendrá en que este universo y la naturaleza misma se agolarán. Y al modo que de grandísimos reinos e imperios humanos y de sus maravillosos movimientos, que fueron famosísimos en otras edades, no queda hoy señal ni fama alguna, parejamente del mundo entero y de las infinitas vicisitudes y calamidades de las cosas creadas no quedará ni un solo vestigio, sino un silencio desnudo y una quietud profundísima llenarán el espacio inmenso. Así este arcano admirable y espantoso de la existencia universal, antes de ser declarado ni entendido, se desvanecerá y perderáse».

Terrible, ¿eh? Pero digamos lo que William James, el pragmatista, decía comentando otras terribles palabras en que el poeta James Thompson («B. V.») aconsejaba el suicidio, y es que esperemos a ver qué nos cuenten los diarios de mañana. Acaso—esto lo añadimos nosotros—nos descubran «el arcano admirable y espantoso de la existencia universal». Porque para el que sabe vi-





vir en la historia los diarios nos están descubriendo día a día a ese arcano, y el arcano es que no hay más arcano que la historia misma. «El cántico del gallo silvestre», ese estúpido poema en prosa—¡y qué prosa!—del torturado y torturante Leopardi es ya declaración y entendimiento del admirable y espantoso arcano de la existencia universal.

No creemos que Hornero creyese en el progreso y por eso dejó para siempre dicho que los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los venideros tengan argumento que cantar. El arcano del universo es llevar el traspunte.

Aquí el lector nos ha de permitir traer un soneto que figura en nuestro «Rosario de sonetos líricos», se titula «Pez de guerra» y dice así: «Almas de Dios que bajo el recio postigo—del cielo atravesáis esta galerna—de la vida que pasa, hacia la eterna—llevando rumbo; cuando ya al abrigo—estéis seguras en el puerto amigo,—la nave (destrozados la cuaderna—y el gobernalle, que ya no gobierna)—en jirones cual capa de mendigo,—y con el pecho de onda amarga lleno,—en él se mezclará a vuestra alegría—cierto pesa; añoraréis el trueno—de tem-

pestad, pues que de paz el día—si es dulce, es porque hacemos en su seno—con la pasada guerra, poesía».

Todavía no se ha hecho bastante poesía con la guerra por que acabamos de pasar, pero se está ya haciendo filosofía de ella. La guerra es la que ha llevado al deán Inge y a otros a negar el progreso. Y así, negándolo, hacen que progresemos. Es decir, que vivamos. Y que aclaremos nuestro concepto del progreso. ¿Aclararlo? ¡más bien complicarlo! Y cuanto más se complica un concepto más vida se le da. Lo de las ideas claras y sencillas, lo de Descartes, está bien para la geometría y la matemática, pero para la historia... Sólo a uno de esos socialistas que se llaman a sí mismos científicos—por contraposición a los utópicos—se le ocurre creer que sabe la diferencia que va del individuo a la sociedad. Pero esos socialistas son... teólogos. Con sus dogmas y sus mitos y su liturgia y sus anatemas.

Eso de la sociedad y el hombre—socialismo e individualismo—es la misma historia que la de la bellota y la encina o la del huevo y la gallina. Y tiene no poco que ver con aquel otro acertijo del órgano y la función.

Sabemos que algún lector dirá que éstas no son reflexiones de un hombre de acción, que otro nos tildará de escépticos... etc., etc. Pero en cuanto a eso de la acción estamos seguros de que estos ensayos son actos mucho más activos que el poner una bomba en un puesto de policía o el provocar una huida. Y actos más revolucionarios. Porque de nada sirve querer convertir nuestras ideas en realidades, o sea realizar nuestro ideal, si no aprendemos

a convertir las realidades que nos rodean en ideas, a idealizar lo real de que vivimos y en que vivimos. Y esto es historia.

Quien esto os dice, sintió brezada su niñez por una guerra civil, teniendo diez años vio bombardeada su villa natal, Bilbao, y se crió entre el fragor de contiendas políticas y a ello debe acaso los cimientos de su visión de la historia humana. No ha podido nunca quedarse en la dialéctica, que como nos decía hace unos días aquí Xenius se funda en la ironía y tuvo por maestro a Sócrates; ha tenido que pasar a la polémica, que se funda en la tragedia y que tiene por maestro a Job, a aquel «hijo de contradicción», que disputaba—no dialogaba—con su Señor, con Dios. La trágica polémica de Job con su Señor y Dios es de lo que más nos aclara el arcano admirable y espantoso de la existencia universal. Cuando Jacob luchaba con el ángel del Señor, hasta rayar el alba, le preguntaba por su nombre (Génesis, XXXII, 29) y luego llamó el lugar de la lucha Peniel, casa de Dios, porque vió a Dios cara a cara (v. 30). Pero en la mis-

ma Escritura se dice que quien le va a Dios la cara se muere. ¡Con qué placer comentaríamos esto! Pero...

No nos acongojemos, pues, por el porvenir del progreso, de la civilización y de la historia. O si nos acongojamos por ello hagamos con nuestra congoja poesía, que es creación y es visión, es acción y es entendimiento, es progreso y es civilización.

Y quede esto para siempre.

